



**INTERVENCIÓN DE JOSÉ MARÍA AZNAR
EN LA CÁMARA DE COMERCIO DE MILÁN**

Milán, 21 de febrero de 2005

En la actualidad soy profesor de una universidad estadounidense, la Universidad de Georgetown. Pero, ante todo, tengo experiencia política. He presidido el Gobierno de España desde 1996 hasta 2004. Y vengo a hablarles de economía, pero también de política. Pensando en Europa, esta comunidad que a todos nos une.

Es, a mi juicio, un buen momento para reflexionar sobre nuestro continente, sobre nuestra comunidad de valores. Lo hago con profunda convicción europeísta. La de alguien que siempre ha querido que Europa sea una gran potencia económica y social, un baluarte de la más amplia libertad, y el socio más fiable de quien comparte con nosotros los mismos valores de libertad: los Estados Unidos. Soy, si me lo permiten, un gran creyente en una Europa unida, próspera, capaz de defenderse, amiga de las democracias y lejana de las dictaduras, y por eso mismo, de firme convicciones atlánticas.

Creo que he trabajado activamente por el ideal europeísta. Les daré dos ejemplos.

La primera es que una de mis grandes apuestas como Presidente del Gobierno fue hacer de España un socio fundador del euro. Soy de los que piensa que el euro es probablemente el mayor avance práctico de Europa (la mayor “realización concreta”, en la terminología de Schuman) en su historia.

El pasado verano, tras un acto de la fundación que presido, tuve la agradable oportunidad de cenar con Robert Mundell, Premio Nobel de Economía. Mundell me decía que nadie en la Unión Europea

apostaba por la pertenencia de España al euro en 1996. Había razones para ello.

Y las razones eran un déficit público del 7% del PIB, una inflación del 5%, una deuda pública que creció veinte puntos de PIB en pocos años, tipos de interés a largo plazo del 14%, una tasa de paro del 24%.

España lo tenía muy difícil. Pero lo conseguimos. Y lo conseguimos porque trabajamos con liderazgo, visión política y convicción.

La apuesta por las reformas económicas y la estabilidad presupuestaria y política rindió sus frutos en mi país. España cumplió los criterios de convergencia e ingresó en el euro, y animó a países como Italia y Portugal a seguir el mismo camino. Como me explicaba también Bob Mundell, y comparto con él su opinión, el euro no hubiera experimentado probablemente el mismo éxito como moneda de 8 países que como moneda de 11, que luego fueron 12.

Y el segundo ejemplo de trabajo entusiasta por los ideales europeístas es que hace cinco años impulsé decididamente una agenda económica de reformas y estabilidad para Europa.

Ahora es un buen momento para hacer balance, porque dentro de pocas fechas se cumplirán cinco años desde la Cumbre de Lisboa.

Quizás recuerden la génesis de esa Cumbre. En abril de 1999, Tony Blair y yo mismo hicimos pública en Chequers una Declaración conjunta sobre Reforma Económica y Empleo. En ella

proponíamos a la futura Presidencia portuguesa la celebración de una reunión de Jefes de Estado y de Gobierno que reformulase la estrategia económica de la Unión Europea.

El entonces Primer Ministro de Portugal, mi buen amigo António Guterres, acogió la idea favorablemente y comenzó a trabajar en ella con entusiasmo e inteligencia. En marzo de 2000, el Consejo Europeo aprobó un amplio programa de reformas económicas en Europa, la llamada Agenda de Lisboa.

Dicha agenda tenía un objetivo francamente ambicioso: convertir a la Unión Europea, en el curso de esta primera década del siglo XXI, en la economía más competitiva y dinámica del mundo, capaz de crecer de forma sostenida, crear empleo y aumentar su cohesión social.

Era un objetivo nacido en un momento de optimismo. En marzo de 2000, no debemos olvidarlo, la percepción de los mercados sobre las posibilidades de la economía europea era favorable. Habíamos logrado un proceso exitoso de convergencia nominal, culminado en mayo de 1998 con la decisión de lanzar la tercera fase de la Unión Económica y Monetaria, y teníamos por delante la introducción del euro. Los problemas de consolidación fiscal parecían pertenecer al pasado; incluso los principales organismos económicos predecían que Europa sería el área de mayor crecimiento en los dos siguientes años 2001 y 2002.

Pero ese ambiente de esperanza no podía ocultar, para muchos, una preocupación grave por los problemas de fondo de la economía

europea. Durante la década de los noventa, los Estados Unidos crecieron por encima del 3% todos los años excepto uno; mientras tanto, la Unión Europea lo hizo por debajo del 3% todos los años excepto uno.

Desde comienzos de los 80, el proceso de rápida convergencia iniciado en la posguerra se había detenido. El PIB per capita europeo se estancó en torno al 70% del norteamericano. Y en la segunda mitad de los 90 este proceso parecía haberse agudizado: en el periodo 1995-2001, Estados Unidos representó un 60% del crecimiento de la economía mundial, mientras que la UE, con una economía de tamaño aproximadamente similar, apenas contribuyó con un 10%.

Era fundamental, pues, aprovechar ese momento de optimismo para plantear una reforma del sistema económico europeo. Europa debía asegurar un mayor crecimiento, sin el cual simplemente no resultaría posible atender las altas exigencias sociales y medioambientales que los ciudadanos europeos demandan.

En esto consistieron las ambiciones de Lisboa.

Han pasado cinco años. Debemos hacer un ejercicio de sinceridad. Europa no ha sido capaz de acompañar a los Estados Unidos como motor de la economía internacional. La economía europea, en términos generales, ha atravesado una fase de gran debilidad.

Es cierto que la economía mundial ha sufrido *shocks*, pero que no sólo han afectado a la UE; de hecho, muchos de ellos han afectado

aún más directamente a la economía norteamericana, y sin embargo ésta ha reaccionado ante ellos con fortaleza.

Desde 2000 la Unión Europea no ha alcanzado el crecimiento previsto del 3%. De hecho, ha crecido apenas por encima del 1%, frente al ritmo muy superior de los Estados Unidos. Y, lo que es más preocupante, las proyecciones apuntan a que este diferencial podría mantenerse también en los años próximos.

En este momento, cuando los dirigentes europeos han de emprender la revisión de la Agenda de Lisboa, deberíamos reflexionar por qué la economía europea lleva ya casi veinte años creciendo menos, tanto en las fases de expansión como en las de coyuntura más débil.

Algunos pueden ver en esto algo inevitable, casi como un fenómeno natural. Puede haber quien piense que, después de todo, no importa que Europa siga creciendo en el futuro por debajo de Estados Unidos, por no hablar de China o India; que no merece la pena el esfuerzo necesario para aprobar las reformas; que no es tan grave que Europa siga siendo menos competitiva por los altos impuestos, la rigidez de sus mercados laborales o la fragmentación de sus mercados nacionales.

Lo que es peor, puede haber quien se resigne a esta situación; incluso quien teorice a favor de ella. Algunos pueden decir que este comportamiento refleja un “modelo europeo” alternativo, en el que el dinamismo económico no es necesario, puesto que nuestras preferencias colectivas son distintas.

Muchos no estamos de acuerdo con esto. Por el contrario, pensamos que las reformas estructurales son ineludibles, por difíciles que sean, y que no debemos renunciar a que la economía europea ocupe el lugar de cabeza que le corresponde.

Europa no puede resignarse. No puede conformarse con ser otra vez durante los próximos diez o quince años el área de la OCDE con tasas más bajas de crecimiento. Esto, junto con la preocupante situación demográfica, nos colocaría en una situación de creciente irrelevancia en la escena internacional, por mucho que siguiéramos siendo un gigante por tamaño económico. No es un panorama agradable, pero, desgraciadamente, si no hacemos nada, es una perspectiva probable.

En los próximos diez años el centro comercial del mundo podría desplazarse definitivamente al Pacífico. Esto es un hecho positivo si indica que las grandes naciones de Asia han alcanzado un nivel más alto de desarrollo; pero no lo sería tanto si indicase que Europa no ha sido capaz de aprovechar todas sus oportunidades.

Estados Unidos y la Unión Europea son hoy las áreas económicas más desarrolladas y tecnológicamente más desarrolladas del mundo. Las barreras que subsisten ya no son las tradicionales, sino más bien obstáculos de tipo regulatorio. Esto es evidente en sectores como los servicios financieros, la competencia, el transporte aéreo y los servicios de la sociedad de la información. Eliminarlos no sería solo bueno para los empresarios de ambos

lados del Atlántico, sino también, y quizá todavía en mayor medida, para los de los países emergentes.

Por eso, junto con otras personas del mundo académico europeo y norteamericano he propuesto la creación de un Área Económica Atlántica para 2010, que a mi juicio no sólo será compatible con el orden multilateral, sino que sería un complemento esencial para un comercio internacional más abierto.

Los problemas de Europa no acaban en su falta de flexibilidad para adaptar sus capacidades productivas y su economía, progresivamente envejecida a causa de no adoptar las reformas necesarias. De hecho, muchos de los males económicos de Europa tienen que ver con decisiones políticas equivocadas y no sólo sobre cómo mejorar su competitividad, sino sobre lo que Europa quiere ser en el mundo.

Durante los años que pasé al frente del Gobierno de España, pude comprobar en primera persona la radical división que existe entre las dos formas esenciales de entender Europa: Hay quien cree en una Europa más aislada, continental, una Europa relativamente cerrada sobre sí misma, una Europa cuya misión esencial en el mundo sería la de constituirse en contrapeso, contrapoder, de América.

Alternativamente, hay quien cree en una Europa Atlántica, abierta a la globalización política y estratégica, aliada de los Estados Unidos, con quien no sólo formamos parte de una misma comunidad de valores, sino con quien debemos formar una comunidad de acción

para enfrentarnos a los retos globales, desde el terrorismo a la proliferación de sistemas de destrucción masiva, desde la extensión de la democracia en el Oriente Medio a la lucha contra la pobreza.

Se culpa normalmente a la crisis de Irak de esta división, pero las divergencias sobre la finalidad de Europa venían de mucho antes. Irak sólo sirvió de revelador, fijando una foto de dónde se situaba cada uno. Por un lado Francia y Alemania, por otro los 18 que antepusimos el atlantismo a otras consideraciones.

Yo soy un atlantista convencido. No es ningún secreto. Para mí es imposible explicar la historia de mi país sin tener en cuenta su vertiente Atlántica y americana; y me es impensable concebir Europa borrando de la memoria la dimensión atlántica. Como tampoco la puedo concebir sin su dimensión cristiana, dicho sea de paso.

Pero es que, además, soy un firme convencido de que sin América Europa no sólo sería inexplicable, sino que sería imposible. Ni podemos competir política o militarmente con los Estados Unidos, ni podemos suplantarlos, ni, aún peor, podemos garantizar nuestra propia seguridad sin ellos.

Es más, soy atlantista no por una cuestión de necesidad. Es que creo que juntos, americanos y europeos, podrían enderezar sustancialmente un mundo que se ha vuelto turbulento.

Deseo que el Presidente Bush, en su visita a Europa, encuentre una actitud constructiva y de colaboración. Los magníficos resultados de

las elecciones en Irak sostienen la idea del Presidente Bush de extender la democracia en el mundo y de luchar contra la tiranía. América se ha convertido en una fuerza que posibilita los cambios y espero que los líderes europeos lo hagan también.

Si queremos salvar la relación transatlántica, tenemos que comprender dos conceptos que van en paralelo: el 11 de septiembre cambió la forma en la que los americanos ven el Mundo; y al mismo tiempo, el 11 de septiembre también cambió la forma en la que los europeos perciben Estados Unidos.

Creo que el presidente de los Estados Unidos y los líderes europeos tienen que colaborar más estrechamente en objetivos que deben ser comunes.

Creo que a día de hoy nadie está en poder de una solución mágica. Pero también creo que muchos sí que tienen poder para empeorar las cosas. Lo que yo llamo el poder de las ideas equivocadas.

Estoy de acuerdo con los que luchan por reforzar el vínculo atlántico y creo que los que intentan minar una y otra vez esta posibilidad están equivocados.

También coincido con aquellos que aspiran a crear una Europa más fuerte, una Europa atlántica. Pero no estoy de acuerdo con los que quieren que Europa se convierta en un contrapeso de América.

Me sumo a los que creen firmemente en la universalidad de los valores occidentales y en el derecho a disfrutarlos por parte de

todos. Por esa razón, aquellos que carecen de valores o que defienden posiciones derrotistas están equivocados.

Estoy de acuerdo con los que desean que el pueblo iraquí sea un pueblo libre y próspero y creo que los que quieren ver derrotados y humillados a los americanos se equivocan.

Estoy con los que luchan activamente contra el terrorismo, ayudando a sus aliados y siendo solidarios cuando estos lo necesitan. Y creo que los que están a favor del apaciguamiento o la rendición están muy equivocados.

Me siento unido a los que afrontan con coraje los problemas y luchan con todas sus fuerzas por encontrar soluciones. Pero aquellos que aparcan los problemas escudándose en que no tienen solución, no escogen el buen camino.

Al principio de mi discurso me he declarado ferviente atlantista y lo corroboro sin ninguna duda. Unos meses antes de que se produjese la intervención militar en Irak, un periodista me preguntó si pensaba apoyar la política del Presidente Bush para derrocar a Saddam Hussein. Y le respondí: "Si me está usted dando a elegir entre el Presidente Bush y Saddam, lo tengo muy claro. Escojo sin lugar a dudas al Presidente Bush". Hice lo mismo con el Presidente Clinton en 1998. Y mi decisión no se basó en argumentos partidistas ni en sentimientos personales. Fue una elección razonada entre libertad y tiranía, entre justicia e injusticia, entre decencia y egoísmo, entre seguridad y vulnerabilidad.

Cuando América y Europa han ido de la mano, el mundo siempre ha ido a mejor. Por el contrario, cuando han tomado rumbos distintos todos lo hemos sufrido. Por eso seguiré defendiendo una Europa que asuma su papel imprescindible en la comunidad atlántica.